

José Gaos razones de una vanguardia imposible de ejercitar en el solar metropolitano: sólo en América tenía sentido. La idea de un soporte virgen, sin memoria, listo para ser trazado por los perfiles de las angulaciones radicales propias de la eficacia de la infraestructura hacen del Nuevo Mundo un cómplice disciplinar. La poliorcética que su «grafosfera» reticuló en sus espacios definiría un sentido multidimensional desconocido de ciudad que adelantaba datos sobre una mediación posterior hacia el proyecto de la burguesía; con sus técnicas delinea la realidad como una geometría descriptiva enterrando cualquier vestigio mítico a la hora de justificar sus planos: sólo concibe agrimensura y sonda.

«El baluarte deshizo un territorio para hacer otro»⁵ cambiando magnitud por velocidad. Con sus pliegues la arquitectura defensiva en América devuelve una nueva geografía al hombre occidental basada en la «dromocracia» de la velocidad, cuya energía pauta la reducción y contracción de un mundo antesala de la cultura industrial de la violencia en su apropiación moderna. En la eclosión de sus magnitudes extremas, con el fin del Antiguo Régimen, el baluarte vinculará una sección cada vez mas recortada sobre el terreno a una geometría más y más compleja así como a una sofisticada composición estratigráfica. Al alterar el proyectil —de proyectar— toda relación de distancia la pólvora permitirá sentar las bases para la conversión en vida económica del poder de un mundo de maquinaria⁶ que se asociará paulatinamente a los procesos de urbanización. Esta potencia de la energía inicia, con su cultura, la primera etapa de un largo viaje de sustitución sobre vientos, animales y hombres⁷; desde entonces, nunca más vivirá sobre la Tierra, desde entonces sólo habrá velocidad, una velocidad de la que somos herederos y cuyos vehículos son estas teorías que interpretaron⁸ lo proyectivo como un proceso de desarraigo urbano, como una artificialidad que, incorporada a la cultura de la ciudad términos de una «baja velocidad» preindustrial, desmaterializará progresivamente la realidad, con su aceleración, hasta alcanzar su fase propiamente industrial.

En el binomio cenit/obsolescencia de la escala pública de este extenso y complejo escenario construido en la otra orilla del Atlántico

⁵ *Virilio, Paul.*

⁶ *Rifkin, Jeremy.*, El fin del trabajo, Ed. Paidós.

⁷ *Ibidem.*

⁸ *Virilio, Paul*, Velocidad, Guerra y Vídeo, *Astrágalo N° 4*, Ediciones Celeste, IEA, Alcalá de Henares, Mayo 1996.

se enuncia un nuevo criterio de relación entre los cuerpos cuya consecuencia supone, en suma, una transformación del espacio de valores del hombre en un espacio de medidas. La cuestión de la velocidad, acertadamente tratada por Paul Virilio, se incorpora al proyecto disciplinar de la Arquitectura como su cuestión más innovadora. En realidad, se puede concluir que, parámetros como la sorpresa o la rapidez de aquellas defensas, no eran ciertamente un problema de enfrentamientos sino un asalto de tecnologías; un asunto, una vez más, plenamente de modernidad. Leerlo de otro modo sería empequeñecer la aportación cultural de estas tipologías. Al evolucionar aquellas sorprendentes murallas y cambiar, con la magnitud señalada de sus pliegues, la fisonomía de la ciudad por la dualidad materia-fuerza ésta acabará por sustituir totalmente a la, inicial, materia-forma. La materia que construía un «fondo» sobre el que la forma hacía «maneras»⁹ dejará de tener sentido; en su epigónica multiplicación cancerosa de defensas en «estrella», –las *villes-fleur* francesas–, extendidas en torno a una ciudad imposible, sometidas a un extraordinario despliegue inversor, estas fábricas serán motivo de aquel irónico comentario, conocido, de Felipe II sobre su «obligada visualización» desde El Escorial. Semejante chiste podría ser la conclusión amable del largo debate entre estabilidad y desplazamiento que pone en pie a la modernidad industrial. Una crisis que haría evidente la necesidad de renovar el *pactum* entre ciudad y protección pero no su desaparición. Pero esto supera, con creces, los objetivos del presente ensayo.

Aquellas arquitecturas abaluartadas que se levantaron desde la mitad del Quinientos hasta la independencia de las diferentes repúblicas, principalmente sobre su costa atlántica, y que motivan este reflexión, precisan, hoy, para ser entendidas como una instrumento metropolitano, evaluar su aportación cultural como un dato en absoluto anecdótico sino como un decisivo catalizador. El principio de «forma» que expusieron con su imaginativo lenguaje globalizador, corrigiendo al tratado mismo, –un método autocrítico que adelantó en América J. M. Zapatero¹⁰–, elabora un patrimonio hispanoeuropeo en una ciudad en crisis¹¹ en tanto que desarrollan un concepto de escala desde los pla-

⁹ Deleuze, Gilles, El Pliegue.

¹⁰ En septiembre del año 2004 falleció el historiador militar Juan Manuel Zapatero autor de un muy amplio repertorio de estudios especializados sobre las fortificaciones hispanoamericanas y de la conocida tesis sobre su especificidad.

¹¹ Pardo, José Luis, La regla del juego. *Galaxia Guttemberg*. Barcelona 2004.

nes de defensa de teóricos como Spanocci o el primer Antonelli¹². En la búsqueda necesaria del paso hacia la Tierra de la Especiería que alteraría la concepción del globo, el reto de aquel «estrecho dudoso» que glosara Ernesto Cardenal¹³, se manifiesta un discurso sistematizado que, hoy, nos permite hacer balance con una nueva perspectiva de aquellas sólidas fábricas, de sus ruinas, de sus volúmenes extraordinarios. En tanto que resumen una manera de «pensar arquitectura», estos metafóricos «dinosaurios» varados, incomprensidos e incomprensibles, que compiten hoy en el solar con la verticalidad de las chimeneas de aquellas otras «fábricas» que las sustituyeron, aunque sólo fuera por ello, constituyen sin duda uno de los capítulos más singulares de aquel panorama patrimonial.

3. Una cultura de restos y conceptos

Poéticamente habita el hombre la Tierra.
Friedrich Hölderlin

Insistiendo en la paradoja, un ensayo aparecido hace unos años recordaba cómo Max Weber comparó ya, en su día, la organización empresarial con la estructura militar¹⁴. La condición del diseño de la primera, de raíz también eminentemente artificial, delimitaba espacios para habitar que conservaban grandes analogías con la que produjeron los inteligentes en fortificación, citados, en el amanecer renacentista. Al observar cómo existieron y cómo han sido olvidadas ambas y, sobre todo, cómo, sorprendentemente, pueden ser ahora, de pronto, recuperadas para la memoria, superado, por cierto, tal estupor, aturdidos todavía por el asombro platónico derivado de su radicalidad¹⁵, esta indagación propone serlo «a través del espejo» para evitar conocidos vicios y contaminaciones. Conocer la verdad desde el repertorio de sus fragmentos presentes, como un criterio que intenta un ajuste entre los trazos y las palabras para levantar de nuevo su «proyecto», reclama la actitud ética del kantiano *sapere audi* pero, también, por encima de

¹² Planes de defensa enunciados como resultado de los cambios en el equilibrio naval a partir del año 1588 y que se renuevan en una segunda edición casi dos siglos más tarde, en el año 1765.

¹³ Cardenal, Ernesto, El estrecho dudoso. Ed. Cultura Hispánica.

¹⁴ Sennett, Richard, La Nueva Sociedad Urbana. *Le Monde Diplomatique*, Febrero 2001.

¹⁵ Virilio, Paul, El Bunker Archéologique. Ed. de Demi-Cercle. 1992.

ello, en el «aprender a ser fronterizo». En la crítica de su «razón fronteriza» que caracterizó a la empresa de la defensa se oculta una reflexión objetiva que puede interrogar, desde otra mirada, tanto a sus materiales como a los principios que los definieron. Al evaluar el uso adecuado de sus estructuras se hace necesario revisar el permanente conflicto entre defensa y agresión desde la contemporaneidad, averiguar qué significa en la construcción de la Ciudad la presencia del «otro», del ausente, cómo se hace presente la sombra de la Torre del Panóptico; emerge de nuevo aquella pregunta abandonada en torno a su actual presencia como una colonización de los «no-lugares» o de la necesidad de re-inventarlos.

Cuando, recientemente, al definir los rasgos de la «idea» de este patrimonio metropolitano que es Europa, Georges Steiner acota su condición en su capacidad de indagación¹⁶ está justificando muchas de las hipótesis aquí establecidas; la arquitectura que construyó los paisajes iberoamericanos se puede leer como un factor de identificación que hace imposible cualquier informalismo vacío, cualquier proyecto ajeno al medio, al lugar¹⁷. Los rasgos distintivos de la civilización occidental, aquello que suele denominarse mentalidad moderna, la conducen a una identificación de «mundo» y «vida» como una adhesión a la razón en la que su modernidad se instauró funcionalizando la ciudad desde esta protección autorreferente que daba respuestas del modo que lo hacia la Ciencia; por ello debe deshacerse su lectura vigente de todo reduccionismo militar sobre las construcciones aquí tratadas a las que, siempre, sometió disciplinarmente a la oscuridad más completa. No en vano, su racionalidad, responsable del insólito *skyline* inclinado como la imagen paradigmática del litoral urbanizado en el nuevo continente, representa la expresión más elocuente de una apropiación territorial convertida en conquista de la energía. El método protopológico que articuló con ella el desarrollo de sus sólidos¹⁸ en bahías como Portobelo o La Habana, Acapulco o Manila, demostró «una enorme capacidad instrumental de ejecutar, de proyectar, en la que la topografía y la topología fueron informes, lugares y espacios de una violencia compartida»¹⁹. Su «escala monstruosa» reflejaba la dependencia energéti-

¹⁶ Steiner, George, *La idea de Europa*. Siruela. Madrid 2005.

¹⁷ González Capitel, Antón. *La metamorfosis de la arquitectura contemporánea*. Arquitectura COAM 339.

¹⁸ Panofsky, E., *Vida y Arte de Durero*. Alianza Ed. Madrid.

¹⁹ Fernández Alba, Antonio.